

—Nanet le llevará á usted á la fábrica, señor. Conoce todos los rincones.

—No, no, ya sé el camino. No hay que despertarle; le da á usted calor. Espérenme los dos tranquilos.

La dejó sobre el banco, con el niño dormido, en la negra noche. Y al separarse, una gran claridad iluminó el promontorio de los Montes Bleuses, á la derecha, por encima del parque de la Crecherie, donde estaba la casa de Jordán. Se distinguió el perfil obscuro del horno alto, al costado de la montaña. Era una sangría; todas las rocas cercanas, y hasta los tejados de Beauclair, aparecieron iluminados, como por la grana de una aurora.

II

Bonnaire, el maestro pudelador, uno de los mejores obreros de la fábrica, había representado importante papel en la última huelga. Leía los periódicos de París; de espíritu recto, á quien sublevaban las iniquidades del salario, bebía, en tal lectura, una instrucción revolucionaria, con muchas lagunas, pero que había hecho de él un partidario bastante puro de la doctrina colectivista. Cierto que, como él decía con gran prudencia, con el hermoso equilibrio del hombre laborioso y sano, aquellos eran los sueños que había de esforzarse por alcanzar un día; y en tanto, se trataba de obtener toda la justicia realizable inmediatamente, para que los compañeros sufriesen lo menos posible. La huelga, de tiempo atrás, se había hecho inevitable. Tres años antes, habiendo peligrado el Abismo, en manos de Miguel Qurignon, el hijo del señor Jerónimo, su yerno Boisgelin, un desocupado, un señorito, guapetón, de París, que se había casado con su hija Susana, había tenido la idea de salvar la fábrica, de gastar en ella los restos de su fortuna, muy comprometida, por consejo de un su primo po-

bre, Delaveau; el cual se había obligado formalmente á sacar el treinta por ciento al capital comprometido. Y hacía tres años que Delaveau, ingeniero diestro, trabajador incansable, venía cumpliendo su promesa, gracias á una organización y á una dirección enérgicas, cuidando de los menores detalles, exigiendo de todos una disciplina absoluta. Una de las causas de los malos negocios de Miguel Qurignon, era un desastre que se había producido en el mercado metalúrgico de la comarca, desde que la fabricación de rieles y de grandes armaduras de hierro había dejado de ser productiva á causa del invento de un procedimiento químico, que en el Norte, y en el Este, permitía utilizar á bajo precio vastos yacimientos de mineral, hasta entonces muy defectuosos. Las fábricas de acero de Beauclair ya no podían competir en baratura, y la ruina era evidente. El rasgo de genio de Delaveau consistió entonces en comprender que debía cambiar la fabricación, abandonar los rieles y las armaduras, que el Norte y el Este daban á veinte céntimos el kilo; atenerse á los objetos finos y cuidados, á las granadas y cañones, por ejemplo, que se venden de dos á tres francos. La prosperidad había vuelto; el dinero metido por Boisgelin en el negocio le producía una renta considerable. Pero se había necesitado nueva maquinaria, obreros mejores, más atentos á su tarea, y por consiguiente mejor pagados. Al principio, la huelga no había tenido más causa que esta alza de los salarios. Los obreros eran pagados á cien kilogramos, y Delaveau mismo admitía la necesidad de nuevas tarifas. Pero quería seguir siendo el dueño absoluto de la situación, sobre todo no parecer que obedecía á las órdenes de sus obreros. Inteligencia entregada á una especialidad, muy autoritaria, muy tenaz en sus derechos, aun procurando ser leal y justo, consideraba el colectivismo, particularmente, un sueño destructor; y declaraba que tales utopías conducirían en línea recta á espantosas catástrofes. Y la querrela, entre él y aquel mundo reducido, de trabajadores, que era su reino, se había agravado el día en que Bonnaire había logrado casi poner en pie un sindicato de defensa; pues si Delaveau admitía las

cajas de socorro y de retiro, y aun las cooperativas de consumo, reconociendo que no estaba prohibido al obrero mejorar su suerte, protestaba con violencia contra los sindicatos, las agrupaciones de intereses, armados para la acción colectiva. Por aquí comenzó la lucha; no se mostró propicio á terminar la revisión de las tarifas; creyó que debía armarse él también, declarar en cierto modo el Abismo en estado de sitio. Desde que apretaba las clavijas, los obreros se quejaban de no tener ya libertad individual. Se les vigilaba con rigor en actos y pensamientos, hasta fuera de la fábrica. Los que se hacían humildes y aduladores, tal vez espías, eran tratados por la administración muy suavemente, y los que mostraban tesón, los independientes, como hombres peligrosos. Como el jefe, conservador, defensor instintivo de lo existente, quería, á las claras, no tener más que hombres suyos, todos los subordinados, los ingenieros, los contra-maestros, los vigilantes, extremaban el rigor, y eran de severidad implacable, en punto á obediencia, y á lo que llamaban buena voluntad.

Bonnaire, herido en su anhelo de libertad y de justicia, se encontró naturalmente á la cabeza de los descontentos. El fué quien se presentó con algunos compañeros en casa de Delaveau, para hacerle saber lo qué querían. Le habló muy claramente, y le exasperó, sin obtener el aumento de salarios que se pedía. Delaveau no creía posible en su fábrica la huelga general, pues los obreros metalúrgicos tardan en enfadarse; no había habido huelga en el Abismo hacía años, mientras estallaban, sin cesar, entre los mineros, en las minas de hulla de Brias. Y cuando esta huelga general se produjo, á pesar de sus previsiones; cuando una mañana, doscientos hombres apenas, de los mil que eran, se presentaron, y tuvo que cerrar la fábrica, tal cólera contenida sintió, que desde entonces se cerró á la banda, intransigente. Empezó por poner en la calle al sindicato y á Bonnaire, cuando se atrevió á venir á verle algunos delegados. El era el amo en su casa, y sus cuestiones con sus obreros no tenía que resolverlas más que con ellos mismos. Bonnaire tuvo que volver á verle, acompañado únicamente de

tres compañeros. Pero no sacaron de él más que razonamientos, cálculos, cuya conclusión era que comprometería la prosperidad del Abismo si aumentaba los salarios. Se le había confiado un capital, se le había puesto á dirigir la fábrica, y su estricto deber consistía en que la fábrica prosperase, y el capital diera el rédito ofrecido. Ciertamente, deseaba ser humano, pero se tenía por perfectamente honrado cumpliendo sus compromisos y sacando de la empresa que dirigía la mayor riqueza posible. Lo demás eran sueños, loca esperanza, porvenir utópico y peligroso. Y así, tercetos todos, después de varias entrevistas por el estilo, la huelga pudo durar dos meses, desastrosa para el salario como para el capital, agravando la miseria de los trabajadores, mientras la maquinaria, quieta, se estropeaba.

Después se había llegado á ciertas concesiones mutuas, entendiéndose respecto á las nuevas tarifas. Pero, todavía durante una semana, Delaveau se había negado á que volvieran algunos obreros, los que tenía por cabezas de motín, entre los cuales estaba Bonnaire. Guardaba rencor á éste, aunque reconocía que era uno de sus obreros más diestros y sobrios. Por último, cuando cedió, cuando le dejó volver con los demás, declaró que lo admitía á la fuerza, contra su gusto, porque hubiera paz.

Aquel día, Bonnaire se sintió condenado; por lo pronto no quiso el olvido, ofrecido así; se negó á volver con los compañeros. Pero éstos, que le querían mucho, declararon que sin él no volverían, y él fingió resignarse, muy noblemente, para no ser causa de nueva ruptura. Los camaradas bastante habían sufrido; su resolución estaba tomada, quería sacrificarse solo, sin que otro alguno sufriera la pena de la semivictoria ganada; por eso había vuelto el jueves, prometiéndose marcharse el domingo, convencido de que su presencia en el Abismo ya era imposible. Nada había dicho á nadie, sólo había advertido á la administración, el sábado por la mañana, que de tarde se iría; y si todavía estaba en el Abismo aquella noche, era porque quería terminar un trabajo comenzado. Quería desaparecer discretamente y á lo honrado.

Lucas no hizo más que dar su nombre al portero, preguntando si podía hablar en seguida con el maestro pudelador Bonnaire; y el portero, con un ademán, le indicó el taller de los hornos de pudelar y de los laminadores, en el fondo del segundo patio, á la izquierda. Estos patios, anegados por las últimas lluvias, eran una verdadera cloaca, con el piso de piedra, levantado, y la confusión de railes entre los que pasaba una vía de empalme, desde la fábrica á la estación de Beauclair. Bajo la claridad, como de luna, de algunas lámparas eléctricas, á través de las sombras que proyectaban los cobertizos, la torre de templar los cañones, los hornos de cementar, confusos, parecidos á las construcciones de algún culto bárbaro, una locomotora pequeña maniobraba despacio, con silbidos agudos, para no aplastar á nadie. Pero ya en el umbral, eran los martinets, sobre todo, los que ensordecían á los visitantes, los dos martinets instalados en una especie de bodega, y de los cuales se veía las cabezas enormes, de bestia voraz, que batían en hierro, con un ritmo furioso, lo mordían, lo estiraban en barra, con el encarnizamiento de sus dientes de metal. Los obreros que había allí vivían tranquilos, silenciosos, sin hablar más que por señas, en aquel estrépito y sacudimiento continuos. Lucas, después de atravesar un edificio bajo, donde otros martinets hacían gran ruido, muy cerca á la izquierda, atravesó el segundo patio, cuyo piso destrozado estaba obstruído por piezas de desecho, que dormían en el lodo, esperando volver á la fundición. Algunos hombres cargaban sobre un vagón una gran pieza, de forja, un árbol de torpedero, terminado aquel mismo día, y que la pequeña locomotora iba á llevarse. Llegaba ésta silbando, y Lucas tuvo que apartarse. Siguió por una calle, entre montones simétricos de barras de fundición, la primera materia, y llegó al fin al taller de los hornos de pudelar y de los laminadores.

Este taller, uno de los mayores, retumbaba todo el día, con el terrible fragor de los laminadores en marcha. Pero á aquellas horas los laminadores dormían; más de la mitad del inmenso cobertizo, estaba sumida en una obscuridad profunda. De los diez hor-

nos de pudelar, sólo cuatro ardían, servidos por dos martillos zingladores. Aquí y allí, una débil llama de gas oscilaba al viento, grandes sombras inundaban el espacio, y á penas se distinguía, en lo alto, las gruesas armaduras ahumadas que sostenían la techumbre. Rumores de agua salían de la obscuridad; la tierra pisoteada que era el suelo, agrietada, con jorobas, soltaba aquí la humedad en barro fétido, y no era, muy cerca, ya más que polvo de carbón, un montón de detritos. Por todas partes, la grasa del trabajo, desecada, sin gusto, el trabajo execrado y maldito, en el antro apestado de humo, manchado con la suciedad que llenaba el ambiente; negro, destrozado, inundo. En una especie de barracas, de tablas groseras, pendía de clavos la ropa de calle de los obreros, mezclada con mandiles de tela y de piel. Y toda esta miseria sombría, no se doraba con una llamarada, más que cuando un maestro pudelador abría la puerta de su horno, de donde entonces salía un chorro de claridad deslumbradora, que atravesaba las tinieblas de todo el recinto, como los rayos de un astro.

Cuando Lucas se presentó, Bonnaire acababa de revolver, por última vez, el metal en fusión, los doscientos kilos que el horno y el trabajo iban á convertir en acero. La operación entera exigía cuatro horas; la faena dura estaba en este braceo, después de las primeras horas de espera. Sujetando con las manos un espetón de cincuenta libras, el maestro pudelador, bajo la acción de la punzante reverberación, braceaba durante veinte minutos la materia incandescente, sobre la plaza del horno. Con la berlinga rastrillaba el fondo, amasaba la enorme bola que parecía un sol, al que nadie más que él podía mirar, con sus ojos endurecidos por la llama; y sabía cómo iba el trabajo, según el color. La berlinga, al retirarla, estaba roja, con flores de chispas. Ordenó por señas al fogonero que activase el fuego, mientras que el otro obrero, el compañero pudelador, cogía una berlinga, para hacer á su vez el berlingado, según el término en uso.

—¿Es ustel el señor Bonnaire?—preguntó Lucas, que se había acercado.

Sorprendido, respondió el obrero que sí, con la ca-

beza. Vestido con la camisa, y un simple mandil, parecía soberbio, el cuello blanco, sonrosado el rostro, en el esfuerzo vencedor, envuelto en la luz de aquel sol de fragua. De treinta y cinco años apenas, era un coloso rubio, el pelo cortado al rape, ancho el rostro, macizo y plácido; de su boca grande, de firme dibujo, de sus grandes ojos tranquilos, emanaban la rectitud y la bondad.

—No sé si usted se acordará de mí—continuó Lucas.—El verano último, le he visto á usted aquí, y hemos hablado.

—Justamente—respondió por fin, el maestro pudelador.—Es usted un amigo del señor Jordán.

Después que el joven, con algún trabajo, le explicó el motivo de su visita, lo que había visto, cómo la miserable Josina quedaba en la calle, y la buena acción que sólo él podía hacer sin duda, el obrero volvió á callar, mostrando también cierta vacilación, inquieto. Los dos callaban, y hubo una dilación, que prolongó el bailoteo del martillo cinglador, que estaba allí, para los dos hornos apareados. Luego, cuando pudo hacerse oír, el maestro pudelador dijo sencillamente:

—Está bien, haré lo que pueda... En cuanto acabe, cosa de tres cuartos de hora, iré con usted.

Lucas, aunque ya eran cerca de las once, resolvió esperar; y puso la atención, primero, en una cizalla mecánica, que en un rincón sombrío cortaba el acero en barra, que salía de los hornos de pudelar, con una facilidad tranquila, como si cortase manteca. A cada tijeretada caía un pedacito, y pronto se formaba un montón, que una carretilla llevaba á los compartimientos del cargadero, donde se componía cada carga, de treinta kilogramos, en un cajón, para llevarla en seguida al taller de los hornos de crisol. Y para matar el tiempo, Lucas, atraído por la gran claridad rosada, que venía de aquel taller que estaba próximo, se dirigió á él. Era una sala, grande y alta, también de mal aspecto, sucia, estropeada, negra, en la que á nivel del suelo desigual, obstruido de desechos, se abrían seis baterías de hornos, divididos en tres compartimientos cada uno. Esta especie de fosas ardién-

tes, estrechas y largas, cuyos macizos de ladrillo ocupaban todo el subsuelo, se calentaban, por una mezcla de aire y de gas inflamado, que el maestro fundidor vigilaba por sí mismo, por medio de una compuerta. Había, rayando la tierra pisoteada de la sala tenebrosa, seis hendiduras abiertas, sobre el infierno interior, sobre el volcán en continua actividad, cuya hoguera subterránea bramaba. Coberteras, en forma de losas largas, de ladrillos, encerrados en armaduras de hierro, estaban colocadas á través de los hornos; pero estas tapas no se tocaban; una intensa luz rosada salía de los insterticios, y cada resplandor de aquellos parecía el orto de un astro. Y estos rayos prolongados de luz que brotaban, subían en haces hasta los vidrios polvorientos de la techumbre. Y cuando un obrero, por necesidad de servicio quitaba una de las tapas, parecía que el astro surgía entero, y todo el taller se iluminaba con claridad de aurora.

Pudo Lucas seguir la operación. Varios obreros cargaban un horno; les vió bajar los crisoles de tierra refractaria, previamente enrojados, y verter en ellos, por medio de un embudo, la mezcla de los cajones, un cajón de treinta kilos por cada crisol. En tres ó cuatro horas, la fusión iba á hacerse. Luego, se quitaban los crisoles, y se vaciarían. El arranque, el vaciado, la faena mortífera. Al acercarse á otro horno, donde los ayudantes armados de largas barras, acababan de comprobar que la fusión estaba hecha, reconoció Lucas á Fauchard en el arrancador encargado de refirar los crisoles; pálido, enjuto, la cara flaca y cocida. Fauchard conservaba piernas y brazos de Hércules. Deformado físicamente, por la terrible faena, siempre igual, que desempeñaba catorce años hacía ya, todavía había padecido más en su inteligencia, con aquel papel de máquina, de movimientos eternamente semejantes, sin pensamiento, sin acción individual, convertido él mismo, en un elemento de lucha con el fuego. No bastaban estas lacerias físicas, los hombros subidos, los miembros hipertrofiados, quemados los ojos, debilitados por la llama; tenía además la conciencia de su ruina intelectual; pues cogido á los diez y seis años por el monstruo, después

de la instrucción rudimentaria, bruscamente detenida, se acordaba de haber sido inteligente, de haber tenido un pensamiento, que ahora vacilaba y se extinguía, bajo la rueda implacable á que daba vueltas, como bestia ciega, bajo el peso abrumador del oficio que envenenaba y destruía. Y ya no tenía más que una necesidad, una alegría: beber sus cuatro litros, por día ó por noche de trabajo; beber para que el horno no quemase, como una corteza seca su piel calcinada, beber para no caer hecho ceniza, y para tener una felicidad última, y acabar su vida en la dichosa imbecilidad de una embriaguez continua.

Bien creyó Fauchard aquella noche tener que dejar al fuego cocerle un poco más de sangre; pero á las ocho, tuvo la grata sorpresa de ver á su mujer Natalia traerle los cuatro litros, tomados al fiado en casa de Caffiaux, y con los que ya él no contaba. Se disculpó la buena mujer, de no haberle podido traer ni una hebra de carne, porque Dacheux no se había apiadado. Siempre quejumbrosa y desanimada, ya le inquietaba el pensar lo que comerían al día siguiente. Pero el marido, muy contento porque tenía vino, la despidió prometiéndole pedir en la administración, como los compañeros, un anticipo. Y le había bastado una corteza de pan; bebía, y ya estaba aplomado. Al llegar el momento del arranque, volvió á beber un trago, medio litro; empapó en agua, en el pilón común, el gran mandil de tela, en que estaba envuelto, y en seguida, calzado de grandes zuecos, cubiertas las manos con guantes mojados, armadas de la larga tenaza de hierro, por encima del horno, de una zancada, apoyó el pie derecho sobre la tapa que acababan de separar, pecho y vientre recibiendo el empuje formidable del calor que subía del volcán entreabierto. Apareció un momento rojo todo él, como ardiendo, en plena hoguera, como una tea. Los zuecos humeaban, humeaban los guantes y el mantil, toda su carne parecía derretirse. Pero él, sin prisa, con ojos habituados á la llama, buscaba el crisol en el fondo del foso ardiente, se inclinaba un poco, para cogerlo, con la larga tenaza; y con una brusca sacudida de riñones, irguiéndose, en tres movimientos rítmicos y ligeros, deslizando una mano

á lo largo de la barra, después la otra que se juntó á ella, arrancó el crisol y sacó el brazo, con movimiento en que no se vió esfuerzo, aquel peso de cincuenta kilogramos, contando con crisol y tenazas; y dejólo en tierra como un pedazo de sol, de una blancura deslumbradora, que al punto fué color de rosa. Y vuelta á empezar. Uno á uno sacó todos los crisoles, entre el incendio, cada vez más fuerte de aquellas masas de fuego, aun con más destreza que fuerza, yendo y viniendo entre las brasas incandescentes, sin quemarse nunca, sin parecer sentir siquiera la radiación intolerable.

Se iba á fundir granadas pequeñas, de sesenta kilos. Las rieleras de forma de botella, estaban colocadas en dos filas. Después que los ayudantes limpiaron de escorias los crisoles, con una barra de hierro, que salía humeante, con babas de púrpura, el maestro fundidor cogió con presteza los crisoles, con sus grandes tenazas redondas, y vació dos en cada lingotera. El metal corría, en un chorro de lava blanca, sonrosada, despidiendo chispas azules, delicadas como flores; se diría que trasegaba claros licores, salpicados de oro. Todo se hacía sin ruido, con movimientos precisos y rápidos, de una gracia sencilla, entre la viva claridad y el calor del fuego, que convertía todo el recinto en voraz hoguera.

Lucas, por falta de costumbre, se sofocaba; no pudo permanecer allí más tiempo. A cuatro ó cinco metros del horno, se le abrasaba el rostro; un sudor de fuego le empapaba el cuerpo. Las granadas le habían interesado; las miraba enfriarse, preguntándose dónde estarían los hombres á quienes un día matarían acaso. Pasó el cobertizo próximo, y se encontró en el taller de los martillos-pilones, y de la prensa de forjar, dormida á tales horas, con su monstruoso aparato, la prensa de una fuerza de dos mil toneladas, los martillos de fuerzas menores, escalonados, que tenían en el fondo de la semi obscuridad perfiles negros y rechonchos de dioses bárbaros. Allí precisamente, se encontró con las granadas otra vez; otras granadas que aquel mismo día se habían forjado en matriz, bajo el martillo-pilón más pequeño, al salir de la lingotera,

después de un recocado. Le llamó luego la atención un tubo de gran cañón de marina de seis metros de largo, tibio todavía por haber pasado bajo la prensa, donde los lingotes de acero de mil kilos se alargaban, tomaban la forma debida, como rollos de blanda pasta; y el tubo esperaba encadenado, dispuesto para que se lo llevaran y ser cargado por las grúas poderosas, para ir al taller de los tornos, que estaba más lejos, después del taller en que estaba el horno Martín y el vaciado de acero.

Llegó entonces Lucas hasta el extremo; atravesó también este taller, el más grande de todos, donde se fundían las grandes piezas. El horno Martín permitía verter el acero en fusión, en cantidad considerable, en las formas de fundición; mientras dos puentes eléctricos, grúas volantes, á ocho metros de altura, transportaban con una especie de suavidad aceitosa, á todas partes, gigantescas piezas de varias toneladas de peso. Entró Lucas luego en el taller de los tornos, un inmenso salón cerrado, un poco más decente que los otros y que mostraba en dos líneas máquinas admirables, de delicadeza y potencia incomparables. Había garlopas para cepillar los blindajes de navío, que daban forma al metal, como el cepillo de un carpintero se la da á la madera. Había, sobre todo, tornos de un mecanismo complicado y precioso, bonitos como alhajas, que divertían como juguetes. De noche, sólo algunos trabajadores, alumbrados por sendas lámparas eléctricas, con un ruido ligero, un zumbido suave, en el silencioso ambiente. Y otra vez dió con las granadas; con una que habían cortado por la cabeza y el culote al salir por la matriz y que después habían fijado en un torno para calibrarla exteriormente, primero; giraba con velocidad prodigiosa y volaban copos de acero bajo la fina cuchilla inmóvil, como hilos de plata. Ya no había más que horadarla interiormente, templarla, concluirla; y ¿adónde estaban los hombres que iba á matar cuando la cargasen? Lucas vió surgir de todo este heroico trabajo humano, del trabajo domado, siervo bajo el imperio del hombre, vencedor de las fuerzas naturales, una visión de matanza, el rojo frenesí de un campo de batalla. Se alejó y fué

á dar más lejos con un gran torno, donde giraba un cañón semejante á aquel cuyo tubo formado acababa de ver; pero éste ya estaba calibrado por fuera y brillaba como una moneda nueva. Bajo la dirección de un muchacho, casi un niño, atento, inclinado sobre el mecanismo como un relojero sobre el de un reloj de bolsillo, giraba, giraba sin fin, con suave zumbir, mientras la cuchilla, por dentro, lo barrenaba con tal precisión, que no se desviaba ni una milésima de milímetro. Y cuando este cañón también estuviera templado, después de haberle arrojado en un baño de petróleo desde lo alto de la torre, ¡en qué campo de desastre iría á matar hombres! ¡qué atroz recolección de vidas sería la suya, cuando estaba forjado de aquel acero con que los hombres hermanos no debían fabricar más que carros y rieles!

Lucas empujó una puerta, y salió un instante al aire libre. Estaba la noche húmeda y templada; respiró á sus anchas, saboreando el viento. Levantó los ojos; no vió ni una estrella entre las nubes que corrían como locas. Pero los globos de las lámparas incandescentes, de trecho en trecho, en los patios, reemplazaban á la luna sumergida; y volvió á ver las chimeneas entre el humo pálido, un cielo sucio de carbón, cortado doquiera por la red de hilos, que transmitían la fuerza eléctrica y parecían una gigantesca tela de araña. Las máquinas que producían tal fuerza, muy hermosas, funcionaban allí, en un edificio nuevo. Había además un tejat para la fabricación de ladrillos y crisoles de tierra refractaria; una carpintería para los modelos y embalajes; numerosos almacenes para los aceros y hierros del comercio. Lucas se perdió por aquella ciudad en pequeño; gustábale encontrar paisajes desiertos, negros rincones, en calma, de algún patio, donde se sentía revivir; pero, de pronto, volvió á verse en aquel infierno, esta vez en el cobertizo de los hornos de crisol.

Se ejecutaba otra maniobra; sesenta crisoles eran arrancados á la vez, para fundir una gran pieza de forja que debía de pesar mil ochocientos kilos. En el taller próximo, el molde con su embudo, esperaba

en pie en el fondo del foso. Rápidamente, se organizó el desfile; todos los ayudantes de las cuadrillas se pusieron á trabajar; para cada crisol dos hombres, levantándolo, con ayuda de las dobles tenazas, y llevándolo á paso largo y ligero. Uno tras otro, pasaron los sesenta en brillante procesión; parecía un baile de espectáculo, con faroles á la veneciana, de un rojo anaranjado, que bailarinas de vago aspecto, de rápidos pies de sombra, paseaban de dos en dos; y la maravilla estaba en la rapidez extraordinaria, en la seguridad perfecta de aquellos movimientos tan bien regulados, que les hacía parecer como jugando en medio del fuego; ya acudían, se rozaban, marchaban, volvían, como haciendo juegos malabares con estrellas en fusión. En menos de tres minutos, los sesenta crisoles estaban vaciados en el molde, de donde subía un haz de oro, un ramillete de chispas que iba creciendo.

Cuando volvió Lucas á la sala de los hornos de pudelar, y de los laminadores, después de un paseo de media hora larga, encontró á Bonnaire, á punto de acabar su faena.

—Al momento soy con usted.

Sobre la plaza del horno, que ardía, cuya puerta abierta echaba llamaradas, ya había por tres veces aislado una cuarta parte del metal incandescente, cincuenta kilos de material, que arrollaba y á que daba la forma de una especie de bola, con la berlín-ga; y habiendo pasado ya tres partes del material de su poder al del martillo cinglador, se ponía á trabajar la cuarta y última. Veinte minutos llevaba así, ante aquellas fauces voraces, el pecho crujiendo en la hoguera, los brazos manejando el pesado gancho, y siempre ojo avizor, para dirigir bien el trabajo, entre la llama deslumbradora. Miraba fijamente, en medio de las brasas, la bola de acero hecho fuego, que arrollaba con movimiento continuo. Parecía agrandarse, cual fabricante de astros, creando mundos en ardiente reverberación, que doraba su cuerpo, grande, sonrosado, sobre el fondo negro de las tinieblas. Y todo acabó. Retiró el espetón, hecho ascua, y entregó al compañero los últimos cincuenta kilos de la carga.

Allí estaba el fogonero con la carretilla de hierro, esperando. Armado de tenazas, cogió el compañero la bola, especie de gran esponja ardiendo, que hubiera brotado en alguna caverna volcánica; la sacó de un golpe y la arrojó en la carretilla, que el fogonero empujó rápidamente, hasta el martillo cinglador. Y un oficial de herrero sujetó la bola con sus tenazas, para darle vueltas bajo el martillo, que de repente entró en acción. Aturdía y deslumbraba aquello; tembló el suelo, se oía como campanas á vuelo, en tanto que el herrero, con guantes y cinturón de piel, desaparecía en un huracán de chispas. A veces, eran tan grandes las rebabas lanzadas, que estallaban en todos sentidos como metralla. Impasible en medio de aquel tiroteo, daba el herrero vuelta á la esponja, presentándola por todos lados, para hacer de ella el pastel, la torta de acero, que luego se entregaría á los laminadores. Y el martillo le obedecía, golpe aquí, golpe allá, ya lentos ya rápidos; y sin una palabra, sin que se pudiera ni aun sorprender las órdenes que daba con una señal al obrero, que manejaba la máquina, sentado en lo alto, en su cajón, la mano en la palanca, que guiaba el impulso.

Lucas, que se había acercado, mientras Bonnaire cambiaba de ropa, reconoció á Fortunato, el cuñado de Fauchard, en el obrero encaramado allá arriba, inmóvil durante horas, sin más vida que la de aquel movimiento maquinal de la mano, en medio del estrépito ensordecedor, que él mismo desencadenaba. A la derecha la palanca, para que el martillo cayese; la palanca á la izquierda, para que se levantara; y nada más; el pensamiento del niño se limitaba á esto, encerrado en tan breve espacio. Un instante, á la viva claridad de las chispas, se le pudo ver, débil y ruin, con el rostro pálido, los cabellos descoloridos, los ojos turbios de miserable sér, cuyo crecimiento físico y moral había detenido el trabajo de bruto, sin atractivo, sin albedrío.

—Si usted quiere que marchemos, estoy á su disposición—dijo Bonnaire, en cuanto cesó el ruido del martillo de forja.

Lucas se volvió rápido y se vió en frente del maes-

tro pudelador, vestido con un mandil y una chaqueta de lana gruesa, con un lío bajo el brazo, con el traje de mecánica y otras menudencias de su uso, todo el ajuar de la fábrica, pues la dejaba para no volver.

—Sí, sí, vamos pronto.

Pero Bonnaire aun se detuvo. Como si olvidara algo, echó una mirada á la barraca de tablones que servía de ropero. Después miró el horno, el horno que había hecho suyo en más de diez años, viviendo de la llama, conquistando allí por millones de kilogramos el acero que mandaba á los laminadores. Partía por propia voluntad, con la idea de que éste era su deber, por él y por sus compañeros; mas por lo mismo el dolor de arrancarse de su puesto era más heróico.

Dominó la emoción que le apretaba la garganta y echó á andar delante.

—Tenga usted cuidado, caballero; esta pieza está caliente todavía, y le quemaría el zapato.

Ni uno ni otro hablaron más. Atravesaron los dos patios que aparecían confusamente, á la luz de luna de las lámparas eléctricas; pasaron cerca de las construcciones bajas donde los martillos hacían tanto ruido. Y en cuanto salieron del Abismo, les tragó la noche negra; sintieron disminuir, á la espalda, las llamaradas y los gruñidos del monstruo. Seguía azotando el viento que desgarraba en el cielo las nubes fugitivas. Del otro lado del puente, el ribazo del Mionna estaba desierto; ni un alma. Cuando Lucas hubo encontrado sobre el banco en que la dejara á Josina, inmóvil, los ojos muy abiertos á la obscuridad, apretando á su cuerpo flaco la cabeza de Nanet, dormido, quiso retirarse, porque veía que su misión estaba cumplida, puesto que Bonnaire se encargaba ahora de asegurar un albergue á la mísera criatura. Pero le pareció que el trabajador encontraba de repente difícil su empeño y que le inquietaba la idea de la escena terrible que le esperaba en casa, cuando su mujer, la tremenda Pelos, le viese entrar con aquella andrajosa. Y lo peor era, que todavía no le había anunciado su resolución de dejar la fábrica, y barruntaba una gran disputa, cuando supiera que se había quedado sin trabajo, en la calle, por su voluntad.

—¿Quiere usted que yo le acompañe?—propuso Lucas.—Yo lo explicaré todo.

—A fe mía, caballero—respondió el otro, consolado,—puede que eso fuera lo mejor.

Ni una palabra medió entre Bonnaire y Josina. Parecía ésta avergonzada delante del maestro pudelador, y si él le tenía una especie de lástima paternal, por indulgencia de su buen corazón, no podía menos de culparla por haberse rendido á tan mala persona. Había despertado á Nanet con suavidad, al ver que volvían Lucas y el maestro. Animados por Lucas, el niño y su hermana habían echado á andar á su lado, en silencio. Tomando por la derecha, siguiendo el terraplén del ferrocarril, entraron en el Beauclair viejo, cuyas casuchas, á la salida de la garganta de los montes Bleuses, se mostraban sobre el terreno llano en una especie de laguna nauseabunda, hasta el barrio nuevo del pueblo. Era aquello una confusión de calles estrechas, sin aire, sin luz, todas apestadas por un arroyo que corría en medio; y no las lavaba más que el agua de los chubascos.

No se comprendía tal amontonamiento de población miserable, en espacio tan estrecho, cuando la Rumaña extendía en frente la inmensidad de la llanura, donde el libre hálito del cielo soplabá como un mar. Sólo por el rigor de la lucha por el dinero, por la propiedad, se explicaba que se midiese con tal tacañería á los hombres el derecho al suelo, un poco de la madre común, los pocos metros necesarios para la vida ordinaria. La especulación había mediado y un siglo ó dos de miseria, habían venido á parar á esta cloaca de viviendas baratas, donde á pesar de todo eran frecuentes los desahucios, por bajos que fuesen los alquileres de ciertos cuchitriles, malos para animales. Las casuchas miserables habían brotado por donde quiera, según los azares del terreno, nidos de gusanos y de peste. ¡Qué tristeza, á tan altas horas de la noche, bajo un cielo lúgubre, la de aquella ciudad maldita del trabajo, obscura, acogotada, inmunda, como repugnante vegetación de la injusticia social!

Bonnaire que iba delante, siguió por una calleja,